

En este val de llanto y amargura  
 pasemos y lloremos,  
 que hoy cantamos con plácida tristura,  
 mañana no seremos.

—

Y al ángel de quien te ríes  
 contemplarás á tu lado  
 con su semblante velado  
 sin saber qué responder;  
 y oírás fallo terrible  
 herir cual rayo tu frente,  
 ahogándose tu mente  
 bajo el peso de su ser.



## Á LA MUERTE DE UN AMIGO

—

Para mi mal y desdicha  
 al despuntar la mañana  
 de una fúnebre campana  
 el son hasta mí llegó.

¡Señal funesta de llanto!  
 aun recuerdo tu plañido,  
 cual doloroso gemido  
 que en la tumba resonó.

En risueñas ilusiones  
 de un porvenir venturoso  
 soñando, por el umbroso  
 valle andábamos ayer.

Hoy yaces cadáver frío  
 marchito y amarillento,  
 y del dolor el lamento  
 te rodea por doquier.

¡Yaces! ¡ay! tus mustios ojos  
 velados ya no fulguran,  
 de mostrarme ya no curan  
 el ardor de la amistad.

Ni un viviente está á tu lado,  
sólo tu amigo que vela  
á la luz de una candela  
en sombría soledad.

¡Y es mejor! que el mundo frío  
luciendo pomposo luto  
contempla con ojo enjuto  
las escenas del dolor.

Y secara en un instante  
con su mirada de hielo  
esa lágrima de duelo  
que me endulza el amargor.

¡Duerme en paz! que aquesta tumba,  
que riega ahora mi llanto,  
mil veces con triste canto  
á solas recordaré;

No es el dichoso el que canta,  
más dulce el dolor inspira;  
y si es felice la lira,  
es con dicha que ya fué.



## LA VÍCTIMA EN EL SANTUARIO

Muge el viento batiendo con bramido  
Las paredes sombrías del convento,  
Y en el bosque cercano su ronquido  
Resuena como lúgubre lamento.  
La bóveda sombría  
Sus ecos repetía,  
Y el gemir de la tumba silenciosa  
Le responde en voz lúgubre y medrosa.

El templo en soledad..... aroma grato  
Se respira al entrar; y en la capilla  
Descúbrese la Imagen con su ornato  
Á la luz de la lámpara que brilla.  
Su rayo tremulento  
Sombrea el pavimento,  
Y retrata en la gótica techumbre  
Negras sombras que vagan por su cumbre.

Planta tarda, la veste blanquecina,  
Con sandalia pausada y muy süave  
Un bulto que lentísimo camina  
Atraviesa del templo la ancha nave:  
Detiene su pisada  
Al pie de augusta grada,

Se arrodilla humildísimo en el suelo,  
Y aparta de su faz el blanco velo.

¡Qué joven! cuatro lustros en su frente  
No se cuentan aún; su tez hermosa,  
Bozo de oro matiza levemente  
Mejilla do se pinta nieve y rosa.  
Mas huella de tristeza  
Marchita su belleza...

Su palidez mortal... mirar inquieto  
Revelan que le espanta algún secreto.

Y el viento continúa rebramando,  
Y las puertas rechinan en sus gonces,  
Y se oyen más lejanos resonando  
De otras puertas horrísonos los bronce.

Marcando va la hora  
Campanada sonora,  
Azorado la escucha el Cenobita,  
Mira en torno, y azórase y se agita...

¡Qué será! y está en lágrimas deshecho:  
¡Qué cuidado le roe y le devora!  
¡Qué suspiros arroja de su pecho!  
Y del cielo el amparo inquieto implora.

¡Será que en tierno seno  
De abrasador veneno  
Un raudal el arcángel alevoso  
Le derramó turbando su reposo!

¡Mas no! que en sus miradas virginales  
Retrata la más cándida pureza,  
Y se baña su faz con dos raudales:  
No se pinta frenética tristeza  
Que negra huella imprime  
Y con despecho gime:

Está en ansia mortal; mas en su frente  
Descúbrese el candor de un inocente.

¡Dios eterno! (se le oye) ¡Jesús mío!  
No recordéis mis culpas: mi delirio  
Fué un error de mi mente, un extravío  
Que quizás lavaré con el martirio:

Aceptad esa ofrenda

¡Señor! qué hora tremenda

Tal vez se acerca: vuélvaos propicio

Mi sangre que os ofrezco en sacrificio.

¡Delirará tal vez!.... mas sordo ruido  
De repente los pórticos atruena  
Del claustro: y entre vivas confundido  
¡Muera! ¡muera! terrífico resuena.

Fiera turba frenética destroza,  
Hasta al templo penetra ya un sicario...  
¡Alevé! con la víctima se goza  
Que allá divisa al pie del santuario.

Negra barba rizada le rodea,  
Una faz retostada y polvorienta,  
Ancho gorro encarnado le sombrea,  
Sien con crimen marcada y con afrenta.

Sangre brota su vista, y al instante  
Sangre bañan sus manos fraticidas,  
Y un puñal se descubre fulminante  
En sus manos de sangre ya teñidas.

¡Ya se avanza!... ¡la víctima inocente  
En sus manos estrecha un Crucifijo!  
¡Perdonadme, Señor!.... ¡Padre clemente!  
¡Por la sangre vertida por vuestro Hijo!

¡Monstruo!... detén tu brazo... ¡no te ablanda  
La vista de tan cándida inocencia

Que se postra á tus pies... y te demanda  
*Perdonadme la vida por clemencia!*  
 ¡Qué mal os hice yo! ¡oh hermano mío!  
 Poco hace vine... con mi madre estaba...  
 ¡Muere! exclama frenético el impío:  
 ¡Muere! y rabioso su puñal le clava...  
 ¡Ay, madre mía! exclama, y cae al suelo,  
 Mira al monstruo, mas él ensangrentado  
 Retira el filo y con feroz anhelo  
 Vuelve, y lo hunde en el seno desgarrado!  
 ¡Tigre!... ¡mira!... espiró ¿y el hondo abismo  
 No temes que se te abra de repente?  
 Y que el cielo indignado aquí... ¡aquí mismo!  
 Vengue sangre tan pura é inocente?  
 ¡Mírale... tu mirar frío y horrible  
 Y tu mofa más negra que el infierno...  
 Á tu lado hay un ángel invisible  
 Que lo escribe en el libro del Eterno.  
 ¡Mira! ¡mira! su sombra ensangrentada  
 De tu brazo verásla siempre asida,  
 Y oirás siempre su voz tan ahogada  
 Que *por Dios* demandábate la vida.  
 De muerte cuando yazgas en el lecho  
 Verásle, lleno de terror y espanto,  
 Mostrándote açcha herida con que el pecho  
 Le rajaste en el templo sacrosanto.  
 ¡Tierno mártir de saña tan aleve,  
 Yaces ¡ay! y aun te befan con insulto:  
 ¡Arde ya el templo! y hundiráse en breve...  
 Yacerás entre escombros insepulto.

## LA IRRUPCIÓN DE LOS BÁRBAROS

¡Veisle! no veis cuán rápido se avanza  
 Cual brioso corcel robusto y fiero,  
 Cual oso endurecido en los rigores  
 Del nevado Aquilón;  
 Y al divisar un cielo más hermoso,  
 Un clima más feliz y placentero,  
 Se apercibe de guerra á los horrores  
 Con bélica canción!

Entre tanto reposa en sueño blando  
 Embriagada en placeres halagüeños  
 Y entregada á magníficos ensueños  
 La soberbia Ciudad;  
 Las costumbres severas, que pujanza  
 Le dieran y extendido poderío,  
 Olvidando en imbécil desvarío  
 Y en fatua vanidad.

En vano á la pelea se apercibe,  
 En vano de los brazos voluptuosos  
 Arranca enflaquecidos y medrosos

Con bélico clarín  
 Á sus hijos, que sordos de la gloria  
 Al renombre, de patria á los clamores  
 Fríos ven cual amagan los horrores  
 Y desastres sin fin.

—

Avanza fiero, no temas  
 de sus ínclitos varones,  
 de sus invictas legiones  
 el denuedo ;  
 no son ellos, es su prole,  
 débil y menguada raza  
 cubren con áurea coraza  
 bajo miedo.

Sus trofeos ostentosos,  
 sus dorados estandartes,  
 sus murallas y baluartes  
 alza en vano ;  
 su flaca cerviz no sufre  
 peso de férrea cimera,  
 ya no vibra lanza fiera  
 blanda mano.

Avanza, bárbaro, avanza,  
 que ese ruido que zumba,  
 que tal vez crece y retumba,  
 no es guerrero ;  
 es el clamoreo insano  
 de un gentío que se goza  
 si una víctima destroza  
 bruto fiero.

Tu sien indómita muestra,  
 hay un destino terrible,  
 que quizás mano invisible  
 habrá escrito ;  
 á ese coloso soberbio,  
 que tan poderoso miras,  
 el Dios eterno en sus iras  
 le ha maldito.

Avanza, bárbaro, avanza,  
 deja tu áspera vivienda,  
 arroja tu pobre tienda,  
 marcha á Roma ;  
 rico botín te convida,  
 lecho de oro recamado,  
 y un ambiente embalsamado  
 con aroma.

—

Ronca bravío el huracán insano  
 Y un bosque arranca de robustos pinos  
 Que en confuso tropel del alto monte  
 Ruedan entre fragor y torbellinos ;  
 ¿ No veis en el confín del horizonte  
 Sus huestes numerosas ?  
 ¿ No veis cual se revuelven ?  
 Ya cubren el collado,  
 Y su negra espesura  
 Inundando la anchísima llanura,  
 Como el mar por los vientos azotado,  
 En gruesos pelotones,

En confusas hileras,  
 Cual indómitas fieras  
 Entre sordo ruído  
 Dando el bronco bramido  
 De las olas que baten las riberas.  
 ¡ Cuánta sangre! ¡ qué negra polvareda  
 Se levanta del campo de batalla!  
 Esfuerzo vano, es débil la carrera  
 De apiñadas legiones:  
 La robusta muralla,  
 Profundos fosos, baluarte recio  
 Contempla con desprecio,  
 Y en ademán altivo  
 Pisa con planta fiera  
 La cerviz humillada del cautivo.  
 En campamento inmenso,  
 Como selva de lanzas y armaduras,  
 Por doquier á los ojos  
 Se ofrecen mil esclavos aherrojados,  
 Desnudos y apiñados  
 Al pie de sus riquezas y despojos.  
 Allá en medio una tienda,  
 Tosca, de polvo y sangre salpicada  
 Flota á merced del viento;  
 Con presentes sin cuento,  
 Con la frente sombría y humillada  
 Van llegando de reyes poderosos  
 Los legados medrosos,  
 Y al postrarse en el suelo  
 Ensánchase su pecho de consuelo,  
 Si mirada benigna  
 Dispensarles el Bárbaro se digna.

Caíste, caíste, tú, ciudad señora  
 Del orbe, y en tus ruinas  
 Algún día sentado el viajero,  
 De tu antigua grandeza,  
 De tu brillo y espléndida riqueza,  
 De tu cetro que humilla al orbe entero  
 El rastro no hallará.  
 ¿ Ves cuál vuelve sus ojos fulminantes  
 Girándolos hacia ti?  
 ¿ No ves cómo abandona ya su tienda  
 El Bárbaro, y, cual negro torbellino,  
 Se levantan sus huestes?  
 ¿ No ves cómo el camino  
 Les muestra, de tus cúpulas soberbias  
 Señalando el reflejo peregrino?  
 Mas, ¿ quién es que con paso majestuoso  
 Tranquilo se adelanta?  
 Solo, marcha sin bélico aparato,  
 Y al encuentro del bárbaro caudillo  
 Endereza su planta!....  
 ¿ Qué sello misterioso  
 Orla su frente santa,  
 Que á su presencia augusta  
 El Bárbaro indomable y orgulloso  
 Se inclina respetuoso?  
 La sien torva y adusta  
 Serenando süave y complaciente,  
 Escucha atentamente  
 Del venerable Anciano  
 El hablar misterioso y sobrehumano.

Descansa, ¡oh ciudad!, en paz;  
 Del incendio los horrores  
 No temas, ni los furores  
 De su fulminante lanza.

Retrocede... y de sus huestes  
 Suena remoto el clarín:  
 De su huella en el confín  
 El polvo apenas se alcanza.



## EL AJUSTICIADO

Cercado de antiquísima muralla  
 Levántase un castillo tenebroso,  
 Erizado de espesa y fuerte valla,  
 Ceñido de profundo y ancho foso.

Centinelas vigilan las entradas,  
 Centinelas vigilan la avenida,  
 Triples puertas robustas y ferradas,  
 Triple reja calada y constreñida.

Al través de mugrientos corredores  
 Do fulguran desnudos los aceros,  
 Do el crujido de grillos sonadores  
 Alterna con suspiros lastimeros,

De una lámpara al rayo moribundo  
 Que el calabozo alumbra á duras penas,  
 Postrado se divisa y gemebundo,  
 Agobiado de grillos y cadenas.

¡Infelice! se acerca fatal hora,  
 Un profundo suspiro tal vez lanza,  
 Tal vez gime, tal vez piedad implora...  
 ¡Todo horror sin un rayo de esperanza!

Sólo un santo ministro está á su lado,  
 Un ministro que en lágrimas deshecho  
 Abraza al infeliz acongojado  
 Y le estrecha amoroso contra el pecho.

«¡Padre mío!... ¿se borran mis maldades?—  
 ¡Hijo mío!... la sangre del Cordero  
 Se derramó por ti; de sus bondades  
 ¿Prenda eterna no ves en el madero?»

Quando espira ya exánime y sangriento,  
 Aun promete corona de la gloria  
 Al culpable que en bárbaro tormento  
 Señor, dijo, de mí tened memoria.—

¡Y la muerte que di yo al inocente  
 Que la vida clamaba con temblor! —  
 Ora él ruega por ti á Dios clemente,  
 Tu perdón le demanda con amor.»

Ya el murmullo resuena, crece el ruido.—  
 «¡Padre, es la hora! ya se oye el atabal,  
 Ya el cerrojo da horrísono crujido!...  
 ¡Santo Dios! ¡qué congoja tan mortal!»

Levántate, le dicen, y al moverse  
 Van grillos y cadenas resonando,  
 En pie ya está... no puede sostenerse,  
 Danle el brazo, va trémulo marchando.

Cubierto con capuz amoratado  
 Al lado del ministro dolorido,  
 Dentro un cerco de lanzas erizado  
 Se presenta al gentío estremecido.

Alza turbios los ojos un momento,  
 Y abatido á la tierra los inclina...  
 ¡Piedad! clama con lúgubre lamento,  
 ¡Jesús mío! y lentísimo camina.

Y atabal destemplado  
 retiembla más allá,  
 que al soldado  
 su paso mesurado  
 lento marcando va.

Y agolpada la turba con premura  
 Las angustias contempla de aquel hombre,  
 Gran congoja le causa y amargura  
 Sin cesar repitiendo aciago nombre.

Y atabal destemplado  
 retiembla más allá,  
 que al soldado  
 su paso mesurado  
 lento marcando va.

¡El cadalso! ¡ay! descubre levantado,  
 Sudor frío le baña como hielo,  
 Se para... retrocede horrorizado  
 Anublado sus ojos denso velo.

Y atabal destemplado  
 retiembla más allá,  
 que al soldado  
 su paso mesurado  
 lento marcando va.

En vano giran sus ojos;  
 en valla espesa de aceros  
 ha ya entrado; brutos fieros  
 se agitan en derredor  
 cabalgados por atletas  
 de postura y faz sañuda,  
 blandiendo con mano ruda  
 el hierro amenazador.



Se adelanta, que en la tierra  
ya no le queda esperanza,  
tiembla, desmaya, se avanza  
muy lento, llegó por fin...  
El perdón... aun... cual lejana  
luz que al abismo no alumbraba,  
y que al ahogarse columbra  
el marino en el confín.

¿Quién es aquel ser terrible  
que extiende sobre él la mano,  
y que ceñudo é inhumano  
le contempla sin horror?  
¡su boca medio entreabierta,  
sus ojos de sangre y llama,  
su tez de negruzca escama,  
su voz de espanto y temblor!

Le mira el reo azorado...  
se encuentran las dos miradas,  
por un instante fijadas  
se vuelven á separar.  
El reo la faz esconde  
del sacerdote en el manto,  
quien le baña con su llanto  
y le torna á consolar.

Abrazados tiernamente  
hablan de dulce esperanza;  
mas el verdugo se avanza  
y los viene á distraer  
como atroz remordimiento,  
como fantasma de muerte,  
recordándole su suerte  
con horrible padecer.

Ya se separan por fin,  
ya el sacerdote le suelta,  
anda la turba revuelta  
entre confuso rumor:  
otra vez al Crucifijo  
besa trémulo y finado,  
y con rostro amoratado  
se adelanta con temblor.

Pasan algunos instantes,  
el gentío está apiñado  
con el rostro levantado  
y en silencio sepulcral:  
¡mil alaridos siniestros,  
ayes de mortal espanto  
se difunden con el llanto...  
¡ya se dió el golpe fatal!

Ronco el atabal retiembla,  
y el gentío condolido  
se retira estremecido  
de escena de tanto horror:  
sólo por un largo espacio  
en su lugar permanece  
el sacerdote que ofrece  
sus plegarias al Señor.

El mundo otra vez se entrega  
á su vano desvarío,  
y el cadáver yerto y frío  
queda allá en postura cruel:  
todos evitan su vista,  
cual sombra viene á la mente,  
mas se esfuerzan prontamente  
por no pensar más en él.

¡ Infelice! de ignominia  
y cruda afrenta cubierto,  
horrible, morado, yerto  
tendido yaces aquí;  
y el transeunte se aparta  
haciendo largo rodeo  
por no ver de cerca al reo  
cuyo bulto mira allí.

¡ Hijo de negro infortunio!  
expiado ya está tu crimen;  
¡ cuántos pensares me oprimen,  
cuánta idea de dolor,  
al mirar tu boca abierta  
y esa velada pupila  
inmóvil que ya no oscila  
de la luz al resplandor!

¡ Tu madre!... ¡ quién le dijera  
al darte su dulce pecho,  
cuando con abrazo estrecho  
besos te diera sin fin,  
que en patíbulo afrentoso  
expiraría aquel niño,  
que ella en raptos de cariño  
llamaba su serafín!

¡ Que aquella cabeza hermosa  
cubierta con hilos de oro,  
que ella llamó su tesoro  
y su perla y su rubí,  
por el suelo desgredada  
yacería y polvorienta,  
atestiguando la afrenta  
que el crimen marcara en ti!

En tan acerbo conflicto,  
en pena tan cruel y dura,  
en tan terrible amargura,  
al ver trance tan fatal,  
entre pensares sombríos  
al hombre, que lo contempla,  
sólo un pensamiento templa  
la amargura de su mal.

Ese infeliz ya no existe,  
nada siente de su pena,  
satisfecha la condena  
el alma al cielo voló;  
y aun en medio de su angustia  
y de su agonía larga  
su pena menos amarga  
la esperanza le volvió.

¡ Hombres que en el polvo hundidos  
alzáis la réproba frente  
y de un Dios Omnipotente  
hasta disputáis el ser!  
¿ tenéis acaso en vosotros  
una gota de consuelo  
que en trance de tanto duelo  
amortigüe el padecer?

¿ Cuando el reo os dirigiera  
aquella vista azorada,  
le presentaréis la nada  
como un recuerdo cruel?  
¿ En sus angustias de muerte,  
al borde de inmenso abismo  
le hablaréis del fatalismo  
con sus sabores de hiel?

¿Y que marche con audacia  
le diréis cual varón fuerte  
arrostrando afrenta y muerte  
con horrible estupidez?  
¿Ó que afee su negrura  
dirigiéndose al suplicio  
con negra marca de vicio  
y crimen sobre su tez?

¿No será menos amargo  
el pensar que su tormento  
con hondo arrepentimiento  
finirá con el morir,  
que no luchar de continuo  
con vuestra duda que pasma  
sentada como fantasma  
al umbral del porvenir?

Son terribles del Cielo los destinos,  
Sangre el campo y patíbulos inunda,  
Altos cedros al ímpetu tronchados  
Miramos de furiosos torbellinos;  
De altas cumbres en hoya muy profunda  
En un punto los vemos sepultados.  
De frenesí cegados  
Del mundo no borremos el consuelo...  
¿Y quién al hombre mísero asegura  
Que en angustioso anhelo,  
Que en aciaga congoja y amargura...  
¡Ah! ¡del tiempo quién alza el denso velo!

## PORVENIR

---

¡Porvenir...! y por caos tenebroso  
Divagando mi mente  
*Porvenir* repetía,  
Y á mi oído zumbaba sordamente  
Un ruido confuso y fragoroso;  
Y oír tal vez soñaba  
El rebramar del huracán lejano  
Que en montañas levanta al Oceano.  
Y cien generaciones desfilando  
Cual fantástica hilera  
De sombras y de espectros  
Que en profundos abismos se sumiera;  
Y otra hilera después se levantando  
Que en pos de ella se hundía,  
Como cría y deshace en un instante  
Visiones fantasía delirante.  
Y á mi vista se hundían las techumbres  
De torres coronadas

Y el alcázar soberbio ;  
 Y en el polvo yacían sepultadas  
 Las maravillas y oro de sus cumbres  
 Cubiertas de vil greda ,  
 Y en montones de escombros las ciudades  
 Y en su torno espantosas soledades.

Entre humo y cenicientas llamaradas  
 De volcán rebramante  
 Las más bellas campiñas  
 Sepultarse veía en un instante ;  
 Do colinas de mieses coronadas  
 Antes se levantaban ,  
 Ahora cordilleras caprichosas  
 De montes , riscos , simas espantosas.

¡ Ay ! y el mar , do sus aguas precipita  
 El Támesis umbrío ,  
 Batiendo con sus hondas  
 Los terribles costados de un navío ;  
 Y do el pintado pabellón se agita  
 Con el soplo del viento ,  
 Surcando con grosera y ruda proa  
 De salvajes henchida la canoa.

¿ Dó está la gran ciudad y sus torreones ?  
 ¿ Dó está el colosal puente ?  
 ¿ Dó están las ricas flotas  
 Que del río cubrían la corriente ,  
 Y los varios y ricos pabellones  
 De pueblos poderosos ,  
 La humareda que alzara tanta nave  
 Más ligera y más rápida que el ave ?

Y un momento después ni leve seña  
 Do la gran isla fué ,

Y ni el ave encontrar podrá una peña  
 Para posar su pie ;  
 Pues que como de arena el leve grano  
 El mar se la tragó ,  
 Lanzando con furor bramido insano  
 Sus ondas revolvió.

El austral marinero  
 Extenderá sombrío y silencioso  
 Sus ojos por el piélago espantoso ,  
 Y al pasar por allí  
 Tal vez conservará leve memoria ,  
 Vago recuerdo agitará su mente ,  
 Y dirá indiferente :

¿ Quién sabe si era aquí ?

¡ Ay dolor ! y al mirar que cerca se alzan  
 De montes cordilleras erizadas ,  
 En busca de regiones habitadas  
 Tal vez se acercará  
 Al pie que baña majestuoso el Sena ,  
 Y al hallar por doquier bosques de encinas  
 De cien pueblos ilustres las ruínas  
 Sin pensar pisará.

Y del monte á las cimas elevadas  
 Treparán los salvajes aturdidos  
 Lanzando destemplados aüllidos  
 Corriendo á se esconder ;  
 Tal vez se pararán por un momento ,  
 Y al revolver inquietos tosca cara  
 Alzarán los marinos algazara  
 Para hacerlos correr.

¡ Insensato viajero ! que á infelices  
 El desprecio prodigas y la risa ,

¿Sabes acaso dó tu planta pisa?  
 ¿Sabe tú qué hombres ves?  
 Tu país en el globo no existía,  
 Y estaba aquí pujante y orgulloso  
 Un gran pueblo ilustrado y poderoso  
 Que se llamó francés.

Socava las extrañas de esa tierra,  
 Y tal vez de navíos estrellados  
 Breves trozos en piedras ya trocados  
 Con asombro hallarás;  
 Del padre de esas hordas que desprecias  
 Esculpido tal vez verás el nombre,  
 Y á despreciar la vanidad del hombre  
 De ellos aprenderás.

¡Ay dolor! atrevido viajero  
 Entre zarzas y ramas un sendero  
 Abriendo con afán y pena dura,  
 Rendido de cansancio y amargura  
 Penetrará hasta aquí;  
 Y entregado á sí propio, pensativo  
 Meditará aquí mismo do yo escribo,  
 Y no sabrá que fuí.

¡*Porvenir!* ¡*Porvenir!* y alzando el vuelo  
 Mi mente levantábase hasta el cielo,  
 Y veía la tierra  
 Como pequeño grano,  
 Y al hombre cual gusano  
 Que por ella se arrastra con faena;  
 Y al mirar cómo olvida  
 Que fugaz, cual la risa del contento,  
 Pasará en un momento  
 El durar de su vida,

Su fatua vanidad, su orgullo necio  
 Miraba con sardónico desprecio.

Que es el hombre cual gota de rocío  
 Que el ardoroso sol seca en estío,  
 Ó cual brilla un momento  
 Una leve centella,  
 Ó cual dura la huella  
 Que en el polvo imprimiera el viajero:  
 Y el sudor me bañaba,  
 Y mi pecho oprimido  
 Un agudo gemido  
 Dolorido lanzaba,  
 Y de blanda tristeza llena el alma  
 Tal vez lloraba en apacible calma.

¡O Patria mía! tú también desiertos  
 Verás tus campos y tus prados yertos:  
 ¡Qué se hicieron tus fértiles campiñas,  
 Tus anchas vegas y doradas viñas  
 Que matizaba el sol!  
 Ni sombra quedará de nuestra gloria,  
 Ni habrá quienes recuerden la memoria  
 Del renombre español.

Más allá, en el confín del horizonte,  
 De las olas hirvientes  
 Nacían nuevas tierras  
 Que luego se poblaban de vivientes;  
 Ancha llanura y elevado monte  
 Sus lugares trocaban,  
 Y do antes abrasados arenales,  
 Ora vegas sembradas de frutales.

Los mares undulantes se agitaban  
 Con rebramar bravío